

PAGINAS DEL P. MORET

San Eulogio visita los Monasterios de Navarra (Año 841)



Al Reinado de Don
 Iñigo II, pertenece
 la peregrina-
ción en Navarra del Ilustre
Mártir Cordobés San Eulogio,
de que años después hace

mención el Mártir en una Carta,
que escribió desde la cárcel de Córdoba al Obispo Don Guillesindo, que le hospedó y regaló: y es una de las que se ven en sus Obras. Y así

de la peregrinación, como de la carta hace mención Alvaro, Caballero Cordobés, condiscípulo y grande amigo del Santo, y Escritor de su Vida y Martirio. En cuanto al tiempo, por la exacta comprobación de Morales se asegura, fué su peregrinación en Navarra, en muy poca diferencia, el año de Jesucristo 840, ó, a lo que más inclinamos, al principio del siguiente. Las turbaciones de la Francia contra Carolo Calvo, que el Santo Mártir dice en su carta, halló por la parte de Cataluña y Narbonesa, y por la parte de Aquitania, que confina con Navarra, que comenzaron a fraguarse al principio del año 840. Y parece se fueron encendiendo con la llama del Cometa muy ardiente y de gran amenaza, que se vió a primero de Enero de aquel año con el signo de Scorpión. A que se siguió pocos días después la muerte de Pipino, que poseía como Rey ya, a Aquitania. Y luego la solicitud grande y tratados de la emperatriz Judit su Madrastra, para introducir en el Señorío de la Aquitania a su hijo Carlos, excluyendo a Pipino el Niño, Hijo del Difunto; turbación de los Aquitanos, queriendo mantener al Niño en el Señorío de su Padre. Has-

ta que a principios del año 841, reventó abiertamente la llama, apellidándole y tomando las armas todos los Pueblos por él. Y el haber ignorado por entonces el Santo el Martirio de las Bienaventuradas Vírgenes Nunilona y Alodia, habiéndose detenido tan despacio, como se ve en sus Obras, en el Monasterio de San Salvador de Leyre, a donde por legítimos instrumentos consta, como se verá después, fueron trasladadas y colocadas con insigne pompa y celebridad, asistiendo el mismo Obispo Guillesindo y el Rey Don Iñigo por Abril del año 842, estrecha de suerte el tiempo que es fuerza señalar el intermedio para esta peregrinación. Y el estar la Guerra al tiempo de ella, rota ya en Francia contra Carolo Calvo, necesita a creer fué a principio o mediado el año de 841.

2. Empeñó esta peregrinación el Bienaventurado Mártir San Eulogio, Ciudadano y Doctor ilustre de la Ciudad de Córdoba, y mantenedor constante de la Cristiandad afígida en aquella Corte, Cabeza del Imperio de los Bárbaros, en busca de dos Hermanos suyos, Alvaro e Isidoro, a quienes, aunque nobles, la necesidad de vivir con el

comercio, había alejado a Alemania y Tierras, de la que llamaban Bayoaria y hoy Babiera, donde en vida de su Padre Ludovico Pío el Emperador reinaba ya, al modo que Pipino en Aquitania como en porción señalada, Ludovico otro Hijo del Emperador. En busca pues de estos Hermanos, de quienes en mucho tiempo nada se sabía más de que corrían por Alemania, salió San Eulogio de Córdoba, dejando su casa y en ella a su Madre Isabel y dos Hermanas, Niola y Anulona y otro Hermano menor, por nombre José. Tomó el viaje por Cataluña, para entrar en Francia. Y hallando la Narbonesa, que llama Tierra de los Godos, por la habitación antigua en aquella Región, y reliquias, que duraban allí de ellos, y hoy día con alusión, al origen llaman Langüedoc, como si dijeran Langadot, que vale tanto, como Campos de los Godos, revuelta toda y ocupada de las armas de Willielmo, que con ayuda de Abderraman de Córdoba, se había sublevado contra el Rey Carolo Calvo; hubo de torcer el camino por Pamplona, esperando hallar por esta parte más segura entrada para la Francia.

3. Pero tocando en los Con-

finos de ella por la parte de Navarra, halló también la Aquitania toda puesta en Armas contra Carolo Calvo, y según se ve en los Escritores Francos de aquella edad, por haber casi todo el Pueblo de Aquitania apellidado a Pipino el Niño después de la muerte del ya dicho Pipino su Padre, queriendo conservarle en el Señorío de su Padre, que la Emperatriz Judit, segunda Mujer del Emperador Ludovico, pretendía para su Hijo Carolo Calvo, medio Hermano del difunto Pipino y tío del Niño Apellidado. Esta turbación de la Aquitania, dice el Santo, fomentaba el gran calor y muchas Armas, con que hacía inaccesibles los caminos el Conde Sancho Sánchez, que como está advertido, era Hermano del Conde Don Aznar, el de la rota memorable del año 824; y que muerto él había arrebatado su Señorío; y con estas turbaciones, le iba entablado y asegurando con los Vascones Aquitanos, envolviendo en lo que los Aquitanos juzgaban bien público, sus intereses particulares.

4. Con el embarazo de las Armas y Guerra derramada por la Aquitania, hubo de parar el Sanio en Pamplona, donde el Obispo de ella Guillesindo, Varón santísimo,

como de la casta del Mártir y otras memorias antiguas parece, y a quien el Breviario de Leyre llama Sacerdote dignísimo de Dios; gozaronse de la llaga de tan gran huesped, lo recibió y agasajó con todos los oficios de liberalidad Cristiana, consolándole muy frecuentemente en el dolor de sus Hermanos derrotados por el Mundo e ignorados, y ausencia de su Familia, dejada por buscarlos. Pero como este dolor no dejase sosegar al Santo, y le inclinase para aliviarle, a la diversión piadosa de visitar los Santuarios y Monasterios más celebres de la Tierra, el Obispo lo envió bien acompañado y recomendado con cartas para los Abades y Prelados. Y aunque su primer deseo era visitar el insigne Monasterio de San Zacarías, subiendo Arga arriba a la Montaña, por la celebridad y fama grande de santidad; parece que por consejo del Obispo comenzó por el de San Salvador de Leyre, donde se detuvo muy despacio, agasajado del Abad Portuño, Pariente de la Reina Doña Oneca.

5. Con esta ocasión, y cayendo hacia aquel paraje, parece visitó el Monasterio de San Martín de Cillas, sito a la orilla septentrional del río Veral, y en él a su abad Atilio. Y

luego entrándose por el Valle de Roncal al Monasterio de Vadaspal junto a la Villa de Burgui, y a su Abad Dadilano. Y después pasando al Valle de Sarafaz, que hoy llamamos Salazar, al Monasterio Igalense, que es San Vicente de Igal, y a su Abad Jimeno. Y después atravesando al Valle de Aezcoa y Tierra de Roncesvalles, llegó a su deseado Monasterio de San Zacarías, donde presidía a casi cien Monjes el Abad Odoario con insigne santidad y admirable disciplina Regular, que no acaba de ponderar el Santo. Habiendo gozado algunos días de su dichosa compañía, y despidiéndose con lágrimas de todos, porque los dejaba tan presto, dió la vuelta a Pamplona acompañándole hasta la tarde con dulce conversación de las Escrituras Sagradas el Abad Odoario, a quien celebra por Varon de suma santidad y mucha ciencia, y el Prepósito de la Casa Juan.

6. Recibióle de vuelta de su peregrinación piadosa el Obispo Guillesindo con grande gozo, deteniéndole, no pocos días sin admitirle las instancias por la licencia, para restituirse a su familia desamparada. Hasta que prevaleciendo el dolor, con que se repe-

tían, y según se da a entender, la fama, de que sus Hermanos había nuevas en Zaragoza, le permitió en fin la partida: rogándole con ansia, que llegado a Córdoba le enviase Reliquias del Bienaventurado Mártir San Zoil para ilustrar con ellos los Pueblos de Pamplona. Como lo hizo al cabo

de algunos años, remitiendo también otras del Mártir San Acisclo, por mano de Don Galindo Iñiguez, Caballero Navarro, que volvía de aquella Ciudad a su Patria, escribiendo por mano del mismo, al Obispo la insigne carta que entre sus Obras se ve.

(«Anales del Reino de Navarra», Lib. VI, Cap. II, § I edición MDCCLXVI)

